

Celebración de los 50 años de presencia de los hijos de Don Orione en Paraguay, 1 de agosto de 1976 -1 de agosto de 2026

Saludos al padre General, al padre Provincial, demás sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos en general, del lugar y a los que han venido de lugares lejanos

Hoy al celebrar 50 años de la presencia de los orionitas en Paraguay no podemos dejar de mencionar a dos grandes hombres que fueron los protagonistas principales de este hecho histórico en nuestra Iglesia en el Paraguay y concretamente en esta zona del Ñeembucú. Me refiero a San Luis Orione y a Mons. Ramón Pastor Bogarín Argaña.

El encuentro de estos dos grandes hombres de Dios en Roma en el año 1939 no fue casual, con certeza podemos decir que fue providencial.

Mons. Bogarín estaba culminando sus estudios teológicos en Roma, en ese interín escuchó a algunos seminaristas y otras personas hablar de Don Orione: “Todos se refería de él como un sacerdote de gran virtud, un verdadero Siervo de Dios”. Esos comentarios acerca de don Orione despertaron en Bogarín un profundo deseo de conocerlo. En el primer intento no se pudo concretar el encuentro deseado, “pero no perdí la esperanza, - decía – me prometí a mí mismo aprovechar la primera ocasión que tuviera para conocerlo”.

Ese soñado encuentro se concretó el año siguiente “en una circunstancia dolorosa para toda la cristiandad, la muerte de Pio XI acaecida el 10 de febrero de 1939”. Bogarín ya era sacerdote, fue ordenado el 16 de abril de 1938, compartieron viajes y celebraciones. Hay muchas anécdotas interesantes que Bogarín relata con lujo de detalles y con entusiasmo. Una de las cosas que caló profundamente en Bogarín fue la gran devoción que don Orione tenía a la Divina Providencia. En una ocasión le dijo don Orione a Bogarín: “Ha visto joven sacerdote, la Divina Providencia existe, venga con caricias, venga con tenazas, la Divina Providencia existe”.

Bogarín tuvo ocasión de visitar las casas de la Congregación en Roma, en Génova, Tortona y en Alessandria.

Fue en Génova cuando Don Orione, con palabras telegráficas le dijo a Bogarín: “Tú serás Obispo, recibirás a los hijos de Pequeña Obra de la Divina Providencia en Paraguay, morirás de muerte violenta”.

La realización de la segunda profecía tuvo su inicio en enero de 1976 en San Juan Bautista de las Misiones, cuando el Director General de la Congregación, el Padre Ignacio Terzi había venido junto al Obispo Bogarín para comunicarle que dos sacerdotes de la Congregación vendrían en el transcurso del ese año a ponerse al servicio de la Diócesis de San Juan Bautista de las Misiones como misioneros. Esos sacerdotes eran el P. Ángel Pellizzari y el P. Julián Jara.

El P. Ángel cuenta en un artículo que había escrito con motivo del primer aniversario de la muerte de Mons. Bogarín, citando palabras textuales de Obispo decía: “Dos grandes alegrías he tenido en mi vida, el día de la entrega de las tres parroquias a los hijos de Don Orione el 1 de agosto y la entrega del Plan de Pastoral Orgánica de la Diócesis el 29 de agosto”. Agrega el P. Ángel en el último párrafo de su artículo: “Don Orione y Mons Bogarín querían a Paraguay, uno dio su vida y el otro da sus hijos para que sepan sacrificarse y entregarse a este pueblo necesitado de amor, de corazones como el del Beato Roque González y de Ramón Pastor Bogarín.

Gracias a ese providencial encuentro tuvimos la gracia en Paraguay, comenzando en esta zona, concretamente en este mismo lugar, 50 años atrás, la presencia de los hijos de Don Orione y con ellos toda la riqueza del Carisma de ese Santo Varón, Don Orione, hoy día San Luis Orione

Entre otras cosas podemos destacar de Don Orione: La confianza absoluta en la Divina Providencia, las obras de caridad, el servicio a los pobres, el amor ineludible a la Iglesia y la veneración y respeto al Papa.

Todo lo que acabamos de decir no tiene otra explicación sino desde el gran amor de Dios manifestado en su Hijo Jesús, como leemos en el Evangelio de Juan, “Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único para que todo el que crea en él no se pierda..,” (Jn 3, 16).

Así como él nos ama quiere que también nosotros nos amemos los unos a los otros, pero ese amor a Dios y al hermano no es algo romántico, abstracto ni superficial, ese amor a Cristo se tiene dar en la persona de los pobres como enseñaba y lo vivía Don Orione.

El amor es el motor que nos mueve a la acción. En la primera lectura que recién escuchamos, San Pablo dice: “Desde el primer día que puse mis pies en la provincia de Asia, he servido al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas”. Si estuvieran aquí hoy el P. Ángel, el P. Luis, el P. Vicente y tantos

otros que pasaron por estas tierras, dirían lo mismo que San Pablo: “He servido al Señor con humildad y con lágrimas”. En la segunda lectura de hoy nos decía también San Pablo, si no hay amor nada sirve, ni el gesto más heroico tiene valor ni sentido si no es realizado movido por el amor.

En el juicio final el tema fundamental con el que seremos examinados será el “amor”. En el Evangelio de Mateo que escuchamos hoy nos dice que el Rey cuando venga para juzgar a la humanidad, a algunos los pondrá a su derecha y a otros a su izquierda, a los de su derecha les dirá, “vengan benditos de mis Padre, reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde siempre, porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, enfermo y me visitaron... Ellos, los justos, sorprendidos le responderán, Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y dimos de beber, enfermo y te visitamos...? El Rey les responderá: les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos conmigo lo hicieron” (Mt. 25, 31ss).

Esta enseñanza de Jesús la entendió muy bien Don Orione, no sólo la entendió, sino que la puso en práctica creando centros de acogida para los más pobres, enfermos, minusválidos, marginados de la sociedad, a estos centros de acogida les dio el nombre de Pequeño Cottolengo, conocemos los que nos quedan más cerca, el de Buenos Aires, Itati, Mariano Roque Alonso.

Que el Señor siga suscitando en su Iglesia profetas y pastores soñadores como lo fue San Roque González de Santa Cruz, San Luis Orione, Mons. Ramón Pastor Bogarín para llevar la alegría del Evangelio a tantos hermanos que necesitan contención, consuelo y esperanza.

Que María Santísima, Nuestra Señora del Rosario, interceda por nosotros para que, siguiendo las huellas de su Hijo Jesús, seamos cercanos y solidarios con nuestros hermanos más vulnerables de la sociedad.

Que así sea.

Monseñor Celestino Ocampo
Obispo de Carapeguá